

Fue equivocado oponerse a las corrientes en lugar de canalizarlas y dejarlas de correr por la superficie donde todos viéramos lo que pasa y remediáramos cada uno su parte.

Las Santanillas o Fontanillas, como los ojos del Guadiana o la cueva de Montesinos son manantiales debidos a fracturas o hundimientos del terreno, en Alcázar por disolución de los yesos de los Anchos, donde se sumerge el agua de éstos, del cerro testigo llamado cerro Gordo y de la serrezuela del Campo de Criptana, generadores del manto acuífero donde se asienta Alcázar que se sostiene y sobrenada gracias a la inclinación del terreno.

Y todo lo que pasa de siempre en Alcázar con las aguas viene de ahí, como se origina la Mina, cuyo solo nombre basta y sobra para comprender que la tal Mina lo era exclusivamente de agua, como lo sigue siendo aunque ahora no corra por las sequías, pero hace falta el canal porque el agua sale por debajo de la estación, cruza el paseo, las Bilbainas y la carretera de Criptana y va a juntarse con la alcantarilla de la vía que procede también de las vertientes campesinas. El personal, acostumbrado a deformar las palabras, ante la corriente abundante e inagotable, dijo que aquello era una mina, como lo dice en otros muchos casos, y lo era aunque de agua en su continuo manar, que vale tanto como cualquier metal líquido.

En la guerra hubo por estos contornos, sin que yo llegara a saber fijamente donde, otra mina que sonó mucho por utilizarla para arrojar a ella cadáveres, dicho sea como prueba de la corrupción que se hace del lenguaje, muchas veces aplicado a cuevas o hundimientos naturales del terreno más o menos parecidos a los que dejan las minas explotadas de cualquier mineral.

Como lo de aquí era agua, en tiempos muy anteriores a instalarse la estación, debió correr tanta que la erosión dejó descubierta la roca viva desde las Santanillas a la Cruz Verde. Y no sólo eso sino que labró en la piedra multitud de cavidades a las que la gente dió el nombre de pilancones de los que se servían para lavar las ropas, pilancones que todos hemos conocido comprendiendo una gran extensión y que están ahí tapados por la tierra aunque hayan desaparecido los manantiales y su efecto erosivo, por lo que no se ven las Santanillas ni los Pilancones aunque algunos quedan descubiertos en las huertas que se conservan venturosamente.

Una gran parte del pueblo de Alcázar está construido sobre esa misma piedra arenisca de los pilancones y todavía, a pesar de los esfuerzos tontos que ha realizado el Ayuntamiento para ocultarlo al mismo tiempo que el agua, es claramente manifiesto en muchos puntos de la población y gracias a eso el cuarto del peso, el Juzgado de Paz y otras muchas dependencias, se conservaron intactas toda su vida y en la plaza misma no tuvo nadie que lamentarse de ningún percance como este de ahora que sepa Dios por donde le venga la hebra de su construcción, de su uso y de su conservación.